

3.ª Sesión

Cuando Hansel y Gretel entraron en la casa, la viejecita, que era una bruja, les gritó:

—¡Ahora seré yo quien os coma a vosotros! ¡Me encantan los niños!

La malvada bruja encerró al niño en una jaula y le dijo:

—Estás muy delgado. Antes de comerte, te alimentaré bien, para que engordes.

Luego le ordenó a Gretel que se pusiera a hacer la comida y las demás tareas de la casa.

Cada mañana, la bruja se acercaba a la jaula y le pedía al niño que le enseñara el dedo gordo. Pero el niño, que era muy listo, en lugar del dedo le enseñaba un hueso de pollo que había guardado de una de las comidas. Y así la bruja creía que el niño no engordaba.

Un día, la bruja llamó a la niña y le dijo:

—Estoy harta de esperar, prepara el horno porque hoy me voy a comer a tu hermano.

Gretel obedeció sin rechistar.

—Ya está listo el fuego —dijo.

La bruja se asomó para comprobarlo. Entonces, Gretel la empujó dentro del horno y cerró la puerta inmediatamente. Luego, sacó a Hansel de la jaula.

Cogieron las monedas de oro que la bruja guardaba en un cofre y se alejaron de allí.

Cuando por fin llegaron a su casa, sus padres los abrazaron llenos de alegría. Y, desde entonces, todos vivieron juntos y felices.